

—¡Dios mío! ¡qué tonto eres! Si las gentes más necias procuran ocultar estas cosas, ¿crees tú que un embajador va á decirte las? Vaya, Crottat, nunca te he visto tan desprovisto de sentido común.

—¡Gracias, querida!

## V

## LOS DOS ENCUENTROS

Un antiguo oficial del estado mayor de Napoleón, á quien nosotros llamaremos únicamente el marqués ó el general, y que bajo la Restauración hizo una cuantiosa fortuna, fué á pasar el verano á Versalles, donde habitaba una casa de campo, situada entre la iglesia y la barrera de Montreuil, en el camino que conduce á la avenida de Saint-Cloud. Sus servicios en la corte no le permitían alejarse de París.

Esta casita, construida antaño para servir de asilo á los pasajeros amores de algún gran señor, poseía vastísimas dependencias. Los jardines en cuyo centro estaba colocada la separaban igualmente por derecha é izquierda de las primeras casas de Montreuil y de las chozas construidas en los alrededores; de modo, que los amos de esta propiedad, sin estar demasiado aislados, gozaban, á dos pasos de una ciudad, de todos los placeres de la soledad. Por una extraña contradicción, la fachada y la puerta de entrada de la casa daban inmediatamente al camino, que en otro tiempo era, sin duda, poco frecuentado. Esta hipótesis parece verosímil, si se tiene en cuenta que dicho camino va á parar al pabellón construído por Luis XV para la señorita de Románs, y que antes de llegar á él, los curiosos reconocen allí más de un casino, cuyo decorado interior y exterior son una prueba del gracioso libertinaje de nuestros antepasados, los cuales, en medio de la licencia de que se les acusa, buscaban, sin embargo, la sombra y el misterio.

Una noche de invierno, el marqués, su mujer y sus hijos, se encontraron solos en esta casa desierta. Los criados habían obtenido permiso para ir á celebrar á Versalles la boda de uno de ellos, y presumiendo que la solemnidad de Na-

vidad, unida á aquella circunstancia, sería una buena excusa para sus amos, se permitieron consagrar á la fiesta un poco más de tiempo del que les había concedido la ordenanza doméstica. Sin embargo, como que el general era reputado de hombre que no había dejado nunca de cumplir su palabra con inflexible puntualidad, los culpables no dejaron de sentir algún temor cuando llegó el momento de la vuelta. Acababan de dar las once, y ningún criado había llegado. El profundo silencio que reinaba en el campo permitía oír á intervalos el viento que reinaba á través de las negras ramas de los árboles, que bramaba en torno de la casa, ó que se introducía á través de los largos corredores. El hielo había purificado el aire de tal modo y endurecido tanto la tierra, que todo tenía esa seca solemnidad cuyo fenómeno sorprende siempre. El torpe paso de un bebedor retrasado ó el ruido de un fiacre que volvía á París, resonaba más fuertemente y se podía oír de más lejos que de costumbre. Las hojas secas, puestas en movimiento por algunos repentinos torbellinos, rozábanse contra las piedras del patio, y parecían dotar de voz á la noche en el momento en que ésta deseaba permanecer muda. En una palabra, que era una de esas ásperas noches que arrancan á nuestro egoísmo algún rasgo de compasión en favor del pobre ó del viajero, y que hacen que nos parezca tan voluptuoso el rincón del fuego. En este momento, la familia, reunida en el salón, no se inquietaba ni por la ausencia de los criados, ni de las gentes sin hogar, ni de la poesía que encierra una velada de invierno. Sin entregarse á ajenas filosofías, y confiando en la protección de un veterano, mujeres y niños se entregaban á las delicias que engendra la vida interior cuando los sentimientos no están heridos y cuando el cariño y la franqueza animan las miradas, las palabras y los juegos.

El general estaba sentado, ó, mejor dicho, sumido en una alta y espaciosa poltrona, en el rincón de la chimenea, donde brillaba un fuego que despedía ese calor picante, síntoma de un frío excesivo en el interior. Apoyada en el respaldo de la poltrona y ligeramente inclinada, la cabeza de este buen padre permanecía en una postura cuya indolencia denotaba una calma perfecta y un grato momento de plácida alegría. Sus brazos, medio caídos y perezosamente abandonados fuera de la poltrona, acababan de confirmar su dicha. El ge-

neral contemplaba á su hijo más pequeño, que contaba apenas cinco años, y que, medio desnudo ya, se negaba á dejarse desvestir por su madre. El muchacho se negaba á ponerse la gorrita ó la camisa de dormir con que su madre intentaba vestirle: conservaba aún puesto su cuello bordado, y como notase que su infantil rebelión hacía gracia, reía á la marquesa cuando ésta le llamaba; y luego se ponía á jugar de nuevo con su hermana, tan sencilla, pero más maliciosa, y que hablaba ya más distintamente que él, cuyas vagas palabras y confusas ideas apenas podían ser entendidas por sus padres. La pequeña Moína, dos años mayor que él, provocaba interminables risas con sus monadas, femeninas ya, risas que parecían no tener causa; pero al verlos rodando delante del fuego, mostrando sin pudor sus bonitos y rellenos cuerpos, sus formas blancas y delicadas, y confundiendo los bucles de sus cabelleras negra y rubia y rozando sus rosáceos rostros, donde la alegría trazaba ingeniosos hoyuelos, ciertamente que un padre y sobre todo una madre tenían que comprender aquellas almas y sentirse atraídos y regocijados por ellas. Estos dos ángeles hacían palidecer, con los vivos colores de sus ojos, de sus pálidas mejillas y de su blanca tez, las flores de la alfombra, teatro de sus luchas, donde caían, se derribaban, combatían y rodaban sin peligro. Sentada en un confidente, al otro lado de la chimenea, enfrente de su marido, la madre estaba rodeada de ropas desparramadas, y permanecía con un zapato encarnado en la mano, en una actitud llena de abandono. Su indecisa severidad moría ahogada por la sonrisa que vagaba en sus labios. Aunque tenía ya treinta y seis años, conservaba aún una belleza hija de la rara perfección de las líneas de su rostro, al cual daban en este momento un brillo sobrenatural el calor, la luz y la dicha. La marquesa cesaba á veces de mirar á sus hijos para fijar sus cariñosos ojos en el grave rostro de su marido; y en ocasiones, al encontrarse los ojos de los dos esposos, cambiaban entre sí mudos goces y profundas reflexiones. El rostro del general estaba atrozmente envejecido. Su frente ancha y despejada estaba surcada por algunos mechones de cabellos canosos. Las vigorosas miradas de sus azules ojos, y la bravura, inscrita en las arrugas de sus enjutas mejillas, denotaban que había comprado con rudos trabajos la cinta roja que adornaba el ojal de su levita. En este momento, los inocentes goces de sus dos hijos se refle-

jaban en su vigorosa y firme fisonomía, la cual denotaba una honradez y una candidez indecibles. Este antiguo capitán se había hecho niño sin necesidad de grandes esfuerzos. ¿No sienten siempre cierto amor por los niños los soldados que han experimentado las desgracias de la vida en cantidad bastante para haber podido reconocer las miserias de la fuerza y los privilegios de la debilidad? Más lejos, ante una mesa redonda, alumbrada de una lámpara cuyas vivas luces luchaban con los pálidos resplandores de las bujías colocadas sobre la chimenea, un joven de unos trece años volvía rápidamente las páginas de un libro muy grande. Los gritos de su hermano ó de su hermana no le causaban ninguna distracción, y su rostro expresaba la curiosidad propia de la juventud. Esta profunda preocupación estaba justificada por las atractivas maravillas de las *Mil y una noches* y por un uniforme de colegial. El niño permanecía inmóvil, en una actitud pensativa, con un codo sobre la mesa y la cabeza apoyada en una de sus manos, cuyos blancos dedos penetraban en el interior de su rubia cabellera. Como la claridad le diese de lleno en el rostro y el resto del cuerpo permaneciese en la obscuridad, se parecía á esos retratos negros en que Rafael se ha representado á sí mismo, atento é inclinado, pensando en el porvenir. Al lado de esta mesa trabajaba una alta y hermosa joven, que estaba sentada teniendo delante un bastidor, al cual alejaba ó aproximaba alternativamente su cabeza provista de abundantes y espesos cabellos negros, cuyos mechones, artísticamente peinados, reflejaban la luz. Elena por sí sola era ya un espectáculo. Su belleza se distinguía por un raro carácter de fuerza y de elegancia. Aunque levantada de manera que permitiese ver el contorno de su frente, su cabellera era tan rica y tan poblada, que, rebelde á la acción del peine, rozaba enérgicamente el nacimiento del cuello. Sus cejas, muy pobladas y arqueadas, contrastaban con la blancura de su hermosa frente. Sobre su labio superior se veía una ligera sombra bajo una nariz griega cuyos contornos eran de exquisita perfección. Pero la cautivante redondez de las formas, la cándida expresión de las demás facciones, la transparencia de unas carnes delicadas, la voluptuosa expresión de sus labios, la perfección del óvalo descrito por su cara, y, sobre todo, la santidad de su original mirada, imprimían á su vigorosa belleza la suavidad femenina y la encantadora modestia que exigimos á esos án-

geles de paz y de amor. Unicamente que no había nada de frágil en esta joven, y su corazón debía ser tan tierno y su alma tan fuerte, como atractivo era su rostro y magníficas sus perfecciones. Como su hermano el colegial, guardaba silencio y parecía ser presa de una de esas meditaciones fatales de joven, impenetrables á veces para un padre y hasta para la sagacidad de las madres. Era imposible, pues, saber si era preciso atribuir al juego de la luz ó á secretas penas las caprichosas sombras que oscurecían su rostro cual obscurecen las nubes á un cielo puro.

Los dos mayores estaban en este momento olvidados por los dos esposos. Sin embargo, la mirada interrogadora del general había abrazado varias veces aquella escena muda que, en segundo término, ofrecía una graciosa realización de las esperanzas escritas en los tumultos infantiles que tenían lugar en la parte anterior de este cuadro doméstico. Al mismo tiempo que explicaban la vida humana por medio de insensibles gradaciones, estas figuras componían una especie de poema viviente. El lujo de los accesorios que decoraban el salón, la diversidad de las actitudes, las oposiciones, debidas á trajes que eran todos de diferente color, los contrastes de aquellos rostros, tan caracterizados por las diferencias de edad y por los contornos que las luces ponían de relieve, comunicaban á estas escenas humanas todas las riquezas que se exigen á los escultores, á los pintores y á los escritores. Para acabar de redondear este cuadro, el silencio y el invierno, la soledad y la noche, prestaban su majestad á esta sublime y sencilla composición, delicioso efecto de la naturaleza. La vida conyugal está llena de esas horas sagradas cuyo indefinible encanto es, sin duda, debido á alguna remembranza de un mundo mejor. Rayos celestiales iluminan, sin duda, esta clase de escenas, destinadas á indemnizar al hombre de una parte de sus pesares y á hacerle aceptar la existencia. Parece que el universo está allí, entre nosotros, bajo una encantadora forma, desarrollando sus grandes ideas de orden, y que la ley social defiende sus leyes hablando del porvenir.

Emperó, á pesar de la mirada de ternura que dirigió Elena á Abel y á Moína cuando éstos soltaron una de sus alegres carcajadas; á pesar de la dicha que brillaba en su resplandeciente rostro cuando contemplaba furtivamente á su padre, un sentimiento de profunda melancolía brillaba en sus gestos,

en su actitud, y sobre todo en sus ojos, velados por abundantes pestañas. Sus blancas y vigorosas manos, á través de las cuales pasaba la luz comunicándoles una rubicundez diáfana y casi finida, ¡oh! sus manos temblaban. Una sola vez, sin que desconfiasen mutuamente, se encontraron sus ojos con los de la marquesa. Estas dos mujeres se comprendieron entonces con una mirada indiferente, fría y respetuosa por parte de Elena, sombría y amenazadora por parte de la madre. Elena fijó inmediatamente su vista en el bastidor, tiró de la aguja con precipitación y no se atrevió en mucho tiempo á levantar la cabeza, que parecía habersele hecho difícil de llevar. ¿Era la madre demasiado severa para la hija, ó juzgaba acaso necesaria esta severidad? ¿Estaba celosa de la hermosura de Elena, con quien podía rivalizar aún, si bien desplegando todas las artes del tocado? ¿Había sorprendido la hija secretos, que aquella mujer, en apariencia tan religiosamente fiel á sus deberes, creía haber sepultado en su corazón tan profundamente como en una tumba?

Elena había llegado á una edad en que la pureza del alma origina nigideces que exceden del justo medio en que deben permanecer los sentimientos. En ciertos espíritus, las faltas toman las proporciones del crimen, la imaginación obra sobre la conciencia y las jóvenes exageran muchas veces el castigo en razón de la extensión que ellas conceden á las maldades. Elena parecía no creerse digna de nadie. Un secreto de su vida anterior, un accidente acaso, mal comprendido en un principio, pero desarrollado por las susceptibilidades de su inteligencia, en la que influían las ideas religiosas, parecían haberla degradado á sus propios ojos. Este cambio en su conducta había empezado el día en que leyó la reciente traducción de la hermosa tragedia de Schiller, titulada *Guillermo Tell*. Después de haber leído á su hija por haber dejado caer el libro, la madre observó que los estragos que aquella lectura había causado en el alma de Elena provenían de la escena en que el poeta establece una especie de paternidad entre Guillermo Tell, que vierte la sangre de un hombre para salvar á todo un pueblo, y Juan el Parricida. Elena se hizo entonces humilde, piadosa y recogida, y no deseó ya ir á los bailes. Nunca había estado tan cariñosa para su padre, sobre todo cuando la marquesa no era testigo de sus zalamerías de joven. Sin embargo, si existía frialdad en el afecto de Elena por su madre, se no-

taba tan poco, que el general no se apercibía de ello por celoso que pudiese ser de la unión que reinaba en su familia. Ningún hombre hubiera tenido la mirada bastante perspicaz para sondar la profundidad de aquellos dos corazones femeninos: el uno joven y generoso, el otro sensible y arrogante; el primero tesoro de indulgencia, el segundo lleno de astucia y de amor. Si la madre martirizaba á la hija ejerciendo sobre ella un taimado despotismo femenino, éste sólo podría ser perceptible á los ojos de la víctima. Por lo demás, hasta aquella noche ninguna luz acusadora se había escapado de aquellas dos almas; pero entre ellas y Dios existía indudablemente algún misterio.

—Vamos, Abel—exclamó la marquesa escogiendo un momento en que, silenciosos y fatigados, Moína y su hermano permanecían inmóviles;—vamos, hijo mío, venga usted, que es preciso acostarse...

Y dirigiéndole una imperiosa mirada, lo puso vivamente en su regazo.

—¡Cómo!—dijo el general—¿son ya las diez y media, y aun no ha vuelto ningún criado? ¡Ah, pillastres! Gustavo—añadió dirigiéndose á su hijo,—te he dado ese libro con la condición que lo dejes á las diez, y ya debías haberlo cerrado tú mismo á la hora dicha y haberte ido á acostar como habías prometido. Si quieres ser un hombre notable es preciso que hagas de tu palabra una segunda religión, y que seas tan esclavo de ella como de tu propio honor. Fox, uno de los mejores oradores de Inglaterra, era notable, sobre todo por la belleza de su carácter. La fidelidad á los compromisos contraídos era una de sus principales cualidades. Cuando era niño, su padre, inglés de noble cuna, le había dado una lección bastante vigorosa para producir una eterna impresión en el espíritu de un niño. Cuando tenía tu edad, Fox iba durante las vacaciones á casa de su padre, el cual tenía, como todos los ingleses ricos, un parque bastante grande alrededor de su palacio. En este parque había un antiguo kiosco que tenía que ser derribado y reconstruido en un lugar en que el punto de vista era magnífico. A todos los niños les gusta mucho ver derribar, y el pequeño Fox quería tener algunos días más de vacaciones para asistir á la demolición del pabellón; pero su padre exigía que entrase en el colegio el día fijado para la apertura de las clases, habiendo sido esto origen de un disgusto entre padre é hijo.

La madre, como todas las madres, apoyó al pequeño Fox, y entonces el padre prometió solemnemente á su hijo que esperaría á las vacaciones próximas para derribar el kiosco. Fox volvió al colegio, y el padre creyó que el muchacho, distraído con sus estudios, se olvidaría de la promesa. Hizo, pues, derribar el kiosco y reconstruirlo en otro lugar. El testarudo muchacho no pensaba más que en el kiosco, y cuando volvió á casa de su padre, su primer cuidado fué ir á ver el antiguo pabellón. Al ver que ya no existía, volvió muy tarde al palacio, y en el momento de almorzar le dijo á su padre: «Me ha engañado usted». El anciano y noble inglés le contestó con una confusión llena de dignidad: «Es verdad, hijo mío, pero repararé mi falta. Es preciso mantener siempre la palabra dada y ser más esclavo de ella que de la fortuna; pues mantener la palabra da fortuna, mientras que todas las fortunas del mundo no borran la mancha que deja en la conciencia el acto de faltar á la palabra». El padre hizo reconstruir el antiguo pabellón en el mismo lugar que ocupaba, y, después de haberlo reconstruido, ordenó que lo derribasen en presencia de su hijo. Que esto te sirva de lección, Gustavo.

Gustavo, que había escuchado atentamente á su padre, cerró el libro al instante. Hubo un momento de silencio, durante el cual el general se apoderó de Moína, que luchaba contra el sueño, y la colocó sobre sus rodillas. La pequeña dejó caer su vacilante cabeza sobre el pecho del padre y se durmió por completo, envuelta en los rizados bucles de su hermosa cabellera. En este instante se oyó un ruido de pasos rápidos que resonaban en la calle, y de pronto, tres golpes dados á la puerta despertaron los ecos de la casa. Estos prolongados golpes tenían un carácter tan fácil de comprender como el grito de un hombre en peligro de muerte. El perro guardián ladró con furor. Elena, Gustavo, el general y su mujer se estremecieron vivamente, pero Abel, á quien su madre acababa de peinar, y Moína no se despertaron.

—Se conoce que ese trae prisa—exclamó el general colocando á su hija en la poltrona.

Y salió bruscamente del salón, sin dar oídos al ruego de su mujer, que le decía:

—Amigo mío, no vayas...

El marqués se fué á su dormitorio, tomó un par de pistolas, encendió una linterna sorda, se encaminó hacia la

escalera, bajó con la rapidez del rayo y no tardó en llegar á la puerta, adonde su hijo le siguió intrépidamente.

—¿Quién va?—preguntó.

—Abra usted—respondió una voz casi sofocada por la jadeante respiración.

—¿Es usted amigo?

—Sí, amigo.

—¿Viene usted solo?

—Sí... pero abra usted, porque vienen.

Tan pronto como el general entreabrió la puerta, se deslizó un hombre á través de ella con la fantástica rapidez de una sombra, y, sin que el general pudiese oponerse á ello, el desconocido le obligó á cerrarla en seguida, y se apoyó en ella resueltamente como para impedir que pudiese abrirla. El general, que apuntó inmediatamente con la pistola y con la linterna al pecho del desconocido á fin de imponerle respeto, vió á un hombre de mediana estatura, envuelto en un dormán forrado de pieles, traje de anciano, ancho y largo, que parecía no haber sido hecho para él. Fuese por prudencia ó por casualidad, es lo cierto que el fugitivo tenía la frente completamente cubierta con un sombrero que le tapaba los ojos.

—Caballero—dijo al general,—baje usted el cañón de su pistola, pues no pretendo permanecer en su casa sin su consentimiento; pero sepa usted que, si salgo, fuera me espera la muerte. ¡Y qué muerte! Tendría usted que dar á Dios cuenta de ella. Le pido hospitalidad solamente por dos horas, y no olvide usted, señor, que, por suplicante que sea, tengo que mandar con el despotismo de la sinceridad. Quiero la hospitalidad de la Arabia. Que yo sea para usted sagrado; de lo contrario, abra usted, que me iré á morir. Necesito que me guarde usted el secreto y que me dé asilo y agua. ¡Oh! ¡agua!—repitió con estentórea voz.

—¿Quién es usted?—preguntó el general sorprendido de la febril volubilidad con que hablaba el desconocido.

—¡Ah! ¿que quién soy? Está bien, abra usted la puerta, que ya me voy—respondió el desconocido con acento de infernal ironía.

A pesar del arte con que el marqués manejaba los rayos de su linterna, no podía ver más que la parte inferior de aquel rostro, sin que nada en él animase á una hospitalidad tan singularmente reclamada: sus mejillas estaban ajadas,

lívidas, y sus facciones horriblemente contraídas. En medio de la sombra proyectada por el ala del sombrero, los ojos brillaban como dos carbunclos y con resplandores tan vivos, que hicieron casi palidecer la débil luz de la bujía. Era necesaria, sin embargo, una respuesta.

—Señor mío—dijo el general,—su lenguaje es tan extraordinario, que en mi lugar...

—Usted dispone de mi vida—exclamó el extranjero con terrible voz, interrumpiendo al marqués.

—¿Dos horas?—dijo el marqués titubeando

—¡Sí, dos horas!—repitió el hombre.

Pero de pronto se echó el sombrero hacia atrás en un momento de desesperación, se descubrió la frente, y, como si quisiese hacer una última tentativa, lanzó al general una mirada cuya intensidad le penetró en el alma. Este rayo de inteligencia y de voluntad se parecía á un relámpago, y fué imponente como éste, pues existe un momento en que los hombres están revestidos de un poder inexplicable.

—Vaya, quienquiera que usted sea, puede considerarse seguro en mi casa—repuso gravemente el militar, que creyó obedecer á uno de esos movimientos instintivos que no siempre se explica el hombre.

—Dios se lo pague á usted—añadió el desconocido exhalando un profundo suspiro.

—¿No lleva usted armas?—preguntó el general.

Por toda respuesta, el extranjero abrió y cerró rápidamente su dormán, dándole apenas tiempo para dirigirle una mirada. Iba sin armas aparentes, y llevaba el traje de un hombre que sale de un baile. Por rápido que fuese el examen del desconfiado militar, vió lo suficiente para exclamar:

—¿Dónde diablos ha podido usted salpicarse de ese modo, con un tiempo tan seco?

—¡Más preguntas aún!—respondió el desconocido con altivez.

En este momento, el marqués vió á su hijo; se acordó de la lección que acababa de darle respecto al estricto cumplimiento de la palabra empeñada, y quedó tan vivamente contrariado con esta circunstancia, que le dijo con tono de cólera:

—¿Cómo, pillastre! ¿todavía estás ahí, en lugar de estar en la cama?

—Es que creí que podría serle á usted útil en el peligro.

—Vamos, sube á tu cuarto—dijo el padre ablandado por la respuesta del hijo.—Y usted—dijo dirigiéndose al desconocido—sígame.

Dicho esto, guardaron ambos silencio como jugadores que desconfían uno de otro. El general comenzó á concebir sinistros presentimientos. El desconocido le pesaba ya en el corazón como una pesadilla; pero, esclavo de su juramento, lo llevó á través de los corredores y de la escalera de la casa y le hizo entrar en un gran cuarto situado en el segundo piso, encima precisamente del salón. Esta pieza deshabitada servía en invierno para secar la ropa, no comunicaba con ninguna otra habitación y no tenía más adorno que las cuatro paredes amarillentas, un mal espejo que habla dejado sobre la chimenea el propietario anterior, y otro espejo de luna que, habiendo quedado sobrante del mobiliario del marqués, fué colocado provisionalmente enfrente de la chimenea. El suelo de esta vasta buhardilla no había sido barrido nunca, el aire era en ella glacial, y dos viejas y destartadas sillas componían todo su menaje. Después de haber colocado la linterna en el repecho de la chimenea, el general dijo al desconocido:

—Su seguridad exige que esta miserable buhardilla le sirva á usted de asilo, y, como tiene usted ya mi palabra de que le guardaré el secreto, supongo que me permitirá usted que le encierre.

El desconocido bajó la cabeza en señal de aprobación y añadió:

—No he pedido más que un asilo, secreto y agua.

—Voy á traérsela á usted ahora—respondió el marqués, cerrando la puerta con cuidado y bajando á tientas al salón para ir á buscar una luz á fin de llevarle al desconocido un jarro de agua.

—Y bien, querido mío, ¿qué hay?—preguntó la marquesa á su marido.

—Nada, querida mía—respondió el militar con aire frío.

—Sin embargo, nosotras hemos oído perfectamente que ha llevado usted á alguien arriba...

—Elena—repuso el general mirando á su hija que levantó la cabeza hacia él,—no olvide usted que el honor de su padre depende de su discreción. Ambas debéis hacer como que no habéis oído nada.

La joven respondió con un significativo movimiento de

cabeza, y la marquesa quedó contrariada y picada interiormente del rumbo que daba á las cosas su marido para imponerle silencio. El general fué á tomar un jarro de agua y un vaso, y subió al cuarto en que estaba el prisionero: lo encontró de pie, apoyado en la pared, cerca de la chimenea, con la cabeza descubierta y el sombrero colocado encima de una de las sillas. El desconocido no esperaba sin duda verse tan vivamente alumbrado. Su frente se arrugó y su rostro se anubló cuando sus ojos se encontraron con los penetrantes ojos del general; pero procuró tomar una actitud simpática y una fisonomía agradable para dar las gracias á su protector. Cuando este último hubo colocado el vaso y el jarro de agua en el repecho de la chimenea, el desconocido rompió el silencio, diciendo con cariñosa voz que no acusaba ya las convulsiones guturales de antes, pero sí cierto temblor interior:

—Caballero, voy á parecerle á usted extraño, pero le ruego que me dispense mis necesarios caprichos. Si permanece usted aquí, le ruego que no me mire cuando beba.

Contrariado por tener que obedecer siempre á un hombre que le desagradaba, el general se volvió bruscamente. El desconocido sacóse del bolsillo un pañuelo blanco, se envolvió en él la mano derecha, y después cogió el jarro y bebió de un solo trago toda el agua que contenía. Creyendo no faltar por eso á su tácito juramento, el marqués miró maquinalmente al espejo, y entonces la combinación de los dos espejos le permitió ver perfectamente al desconocido, cuyo pañuelo vió enrojecer de pronto al contacto de sus manos, que estaban llenas de sangre.

—¡Ah! ¡me ha mirado usted!—exclamó el desconocido cuando, después de haberse envuelto en su abrigo, examinó al general con desconfianza.—¡Estoy perdido! ¡Ya están aquí ya vienen!

—Yo no oigo nada—dijo el marqués.

—Porque usted no está interesado, como yo, en escuchar en el espacio.

—¿Se ha batido usted acaso en duelo, para estar cubierto de sangre de ese modo?—preguntó el general bastante emocionado al ver las grandes manchas de sangre de que estaba cubierto el traje del desconocido.

—Sí, eso mismo, en duelo—repitió el desconocido dejando aparecer en sus labios una amarga sonrisa.

En este momento, el sonido de los pasos de varios caballos al galope resonó á lo lejos. Pero este sonido era débil como los primeros resplandores de la mañana. El experto oído del general reconoció el paso de los caballos disciplinados por el régimen del escuadrón.

—¡Son los gendarmes!—dijo el marqués.

Y dirigiendo á su prisionero una mirada á fin de disipar las dudas que hubiese podido sugerirle su involuntaria indiscreción, se llevó la luz y bajó al salón. Apenas colocaba la llave del cuarto del segundo piso en la chimenea, cuando el ruido producido por la caballería aumentó, acercándose al pabellón con una rapidez que le hizo temblar. En efecto, los caballos se detuvieron á la puerta de la casa. Después de haber cambiado algunas palabras con sus compañeros, uno de los jinetes se bajó del caballo, llamó rudamente y obligó al general á que abriese la puerta. Este último no pudo contener una emoción secreta al ver á su puerta seis gendarmes, cuyos plateados sombreros brillaban á la claridad de la luna.

—Monseñor—le dijo un sargento,—¿no ha oído usted ahora mismo á un hombre que corría hacia la barrera?

—¿Hacia la barrera? No.

—¿No ha abierto usted la puerta á nadie?

—¿Acaso acostumbro á abrir yo, en persona, la puerta de mi casa?

—Pero, dispense usted, mi general; en este momento me parece que...

—¿Cómo se entiende!—exclamó el general con acento de cólera.—¿Quieren ustedes reirse de mí? ¿tienen ustedes derecho...?

—A nada, á nada, monseñor—repuso humildemente el sargento.—Dispense usted nuestro celo, pues sabemos perfectamente que un par de Francia no se expone á recibir á un asesino á ciertas horas de la noche; pero el deseo de obtener algunas noticias...

—¿Un asesino!—exclamó el general.—Y ¿quién ha sido?...

—El señor barón de Mauny acaba de ser muerto de un hachazo—repuso el gendarme.—Pero el asesino es atrozmente perseguido. Estamos seguros de que está en los alrededores y nos vamos á ojearlos. Dispense usted, mi general.

El gendarme hablaba al mismo tiempo que se disponía á montar á caballo; de manera que, felizmente, no le fué posible ver la cara del general. Acostumbrado á suponerlo todo, el

sargento acaso hubiese concebido sospechas al ver aquella franca fisonomía donde tan fielmente se pintaban las impresiones del alma.

—¿Se sabe ya el nombre del asesino?—preguntó el general.

—No—respondió el sargento.—Ha dejado el cajón de la mesa del despacho lleno de oro y de billetes de banco, sin tocar en ellos.

—Será una venganza—dijo el marqués.

—¿En un anciano? No, no; lo que ha pasado es que ese pillo no tuvo tiempo para hacer la suya.

Y el gendarme se unió á sus compañeros, que galopaban ya á cierta distancia. El general permaneció un momento indeciso, siendo presa de perplejidades fáciles de comprender. Un momento después oyó á sus criados que volvían disputando con cierto calor y cuyas voces resonaban ya en la encrucijada de Montreuil. Cuando llegaron, su cólera, que necesitaba un pretexto para estallar, se descargó sobre ellos con la impetuosidad del rayo. Su voz hizo temblar las paredes de la casa, hasta que el más atrevido y el más listo de sus criados logró apaciguarle diciéndole que la causa de su retraso era motivada por el hecho de haber sido detenidos á la entrada de Montreuil por los gendarmes y agentes de policía, que iban en persecución de un asesino. El general se calló de pronto. Después, estas palabras le hicieron recordar los deberes de su singular posición, y ordenó terminantemente á todos los criados que fuesen á acostarse en seguida, dejándoles muy asombrados por la facilidad con que había admitido la mentira de su compañero.

Mientras que ocurrían estos acontecimientos en el patio, un incidente insignificante en apariencia había cambiado la situación de los demás personajes que figuran en esta historia. Apenas había salido el marqués, cuando su mujer, dirigiendo alternativamente sus ojos á la llave de la buhardilla y á Elena, acabó por decir á ésta en voz baja:

—Elena, tu padre ha dejado la llave sobre la chimenea.

La joven levantó la cabeza con asombro y miró tímida-mente á su madre, cuyos ojos chispeaban de curiosidad.

—¿Y qué, mamá?—respondió con voz turbada.

—Daría cualquier cosa por saber lo que pasa arriba. Si hay alguien, lo cierto es que aun no se ha movido. Anda, vete.

—¿Yo?—dijo la joven con una especie de espanto.

—¿Tienes miedo?

—No, mamá; pero me parece haber reconocido los pasos de un hombre.

—Elena, si pudiese ir yo misma, no te hubiese rogado que subieses—respondió la madre con un tono de fría dignidad.—Si tu padre volviese y no me encontrase, me buscaría, mientras que tu ausencia no la notará.

—Mamá—respondió Elena,—si usted me lo manda, iré; pero estoy segura de que perderé con ello la estimación de mi padre...

—¡Cómo!—dijo la marquesa con un acento de ironía.—Ya que ha tomado usted en serio lo que sólo era una burla, le ordeno á usted que vaya inmediatamente á ver quién está arriba. Aquí tiene usted la llave, hija mía. Su padre, al recomendarle el silencio respecto á lo que pasa en este momento en su casa, no le ha prohibido que subiese á ese cuarto. Vaya usted, pues, y sepa que una hija no debe juzgar nunca á su madre.

Después de haber pronunciado estas últimas palabras con toda la severidad propia de una madre ofendida, la marquesa cogió la llave y se la entregó á Elena, la cual la cogió sin decir una palabra y abandonó el salón.

—Mi madre ya se las compondrá para conseguir su perdón; pero yo quedaré perdida en el concepto de mi padre. ¿De modo que quiere privarme de la ternura que siente por mí y despedirme de su casa?

Estas fueron las ideas que acudieron de pronto á la mente de Elena, mientras que marchaba á obscuras á lo largo del corredor, en cuyo fondo estaba la puerta del misterioso cuarto. Cuando llegó á ella, el desorden de sus pensamientos tuvo algo de fatal. Aquella especie de meditación confusa sirvió para hacer brotar mil sentimientos contenidos hasta entonces en su corazón. Desconfiando ya sin duda de todo porvenir feliz, acabó por desconfiar de la vida en aquel espantoso momento. Al aproximar la llave á la cerradura, tembló convulsivamente, y su emoción fué tan grande que se detuvo un momento para llevarse la mano al corazón cual si pudiese calmar de este modo sus profundos y sonoros latidos. Por fin abrió la puerta. El ruido de los goznes hirió, sin duda, en vano el oído del asesino, el cual permaneció pegado á la pared, inmóvil y como sumido en sus pensa-

mientos. El círculo de luz proyectado por la linterna lo alumbraba débilmente y le hacía parecerse, en aquella zona de claro obscuro, á esas sombrías estatuas de caballeros colocados siempre de pie en el ángulo de alguna tumba negra en las capillas góticas. Gruesas gotas de frío sudor surcaban su espaciosa y amarilla frente, y una increíble audacia brillaba en aquel rostro atrozmente contraído. Sus ojos brillantes, fijos y secos, parecían contemplar un combate en medio de la obscuridad que tenía ante sí. Tumultuosos pensamientos pasaban rápidamente por aquella faz, cuya expresión firme y serena indicaba la posesión de un alma superior. Su cuerpo, su actitud y sus proporciones estaban en armonía con su genio salvaje. Aquel hombre era todo fuerza y todo poder, y se encaraba con las tinieblas que parecían ser la visible imagen de su porvenir. Acostumbrado á ver las enérgicas figuras de los gigantes que se agrupaban en torno de Napoleón, y preocupado por lo extraño de la situación, el general no se había fijado en las singularidades físicas de aquel hombre extraordinario; pero, sujeta como todas las mujeres á las impresiones exteriores, Elena quedó sorprendida al ver la mezcla de luz y de sombra, de grandiosidad y de pasión, y el poético caos que daba al desconocido la apariencia de Lucifer levantándose después de la caída. De pronto, la tempestad pintada en aquel rostro se apaciguó como por magia, y un torrente de pensamientos se agolpó á su mente tan pronto como sus facciones recobraron su expresión natural. Encantada por la extrañeza de aquella entrevista ó por lo misterioso de la situación, la joven pudo entonces admirar una fisonomía amable é interesante. Al principio permaneció en silencio, siendo presa de turbaciones desconocidas hasta entonces para su alma; pero después, ya porque Elena hubiese prorrumpido en una exclamación ó hubiese hecho algún movimiento, ó ya que el asesino, volviendo del mundo ideal al mundo real, oyese otra respiración á más de la suya, es lo cierto que volvió la cabeza hacia la hija de su protector y vió indistintamente en la sombra la sublime hermosura y las majestuosas formas de una criatura á la que debió tomar por un ángel al verla inmóvil y vaporosa como una aparición.

—Señor—dijo la joven con voz palpitante.

El asesino se estremeció.

—¡Una mujer!—exclamó con amabilidad.—¡Es posible!

Váyase usted—repuso.—No reconozco á nadie derecho para compadecerme, absolverme ó condenarme. Debo vivir solo. Váyase usted, hija mía—añadió con un gesto de soberano,—pues me mostraría poco agradecido al amo de esta casa si permitiese respirar el mismo aire que yo á ninguna de las personas que la habitan. No tengo más remedio que someterme á las leyes del mundo.

Esta última frase fué pronunciada en voz baja. Después dirigió á Elena una mirada de serpiente, haciendo nacer un mundo de pensamientos en el corazón de aquella rara joven. Aquella escena fué como una luz que le hubiese iluminado regiones desconocidas. Su alma quedó aterrada y subyugada, sin que pudiese recobrar fuerza bastante para defenderse contra el poder magnético de aquella mirada. Avergonzada y temblando, Elena salió, y no volvió al salón hasta un instante antes que su padre, siendo esto causa de que no pudiera decir nada á la marquesa.

El general, muy preocupado, se paseó silenciosamente con los brazos cruzados, yendo con paso uniforme, desde las ventanas que daban á la calle, á las ventanas que daban al jardín. Su mujer contemplaba á Abel dormido. Moina, colocada en la poltrona como un pájaro en su nido, dormía tranquilamente. La hermana mayor tenía un ovillo de seda en una mano y una aguja en la otra, y contemplaba el fuego. El profundo silencio que reinaba en el salón y en el interior y en el exterior de la casa, sólo era interrumpido por los torpes pasos de los criados, que fueron á acostarse uno tras otro, por sus risas ahogadas, último eco de su alegría y de la fiesta nupcial, y, finalmente, por las puertas de sus respectivos cuartos en el momento en que las abrían para hablarse unos á otros, y en que las cerraban. Luego, resonaron algunos ruidos sordos al lado de las camas, cayó una silla, la tos de un anciano cochero resonó débilmente, y acabó por apaciguarse, y poco después, la sombría majestad que ostenta la naturaleza dormida á media noche, dominó en todas partes. Las estrellas brillaban y el frío empezaba á endurecer el suelo. Ningún ser hablaba ni se movía. Sólo el fuego chisporroteaba cual si quisiera hacer notar la profundidad del silencio. El reloj de Montreuil dió la una. En este momento, algunos pasos extraordinariamente ligeros resonaron en el piso superior. El marqués y su hijo, seguros de haber cerrado con llave al asesino del señor de Mauny,

atribuyeron estos movimientos á alguna de las mujeres, y no les asombró el oír que se abrían las puertas del gabinete que precedía al salón. De pronto, el asesino apareció en medio de ellos. Como el estupor en que estaba sumido el marqués, la viva curiosidad de la madre y el asombro de la hija hubiesen permitido avanzar al asesino casi hasta á la mitad del salón, dirigió la palabra al general con voz extraordinariamente tranquila y melodiosa, explicándose de esta suerte:

—Señor, las dos horas van á expirar.

—¡Usted aquí!—exclamó el general.—¿Cómo ha podido usted...?

Y con una terrible mirada interrogó á su mujer y á sus hijos. Elena se puso roja como el fuego.

—¡Usted en medio de nosotros!—repuso el militar con repugnancia.—¡Un asesino cubierto de sangre aquí! ¡Usted mancha este cuadro! ¡Salga usted! ¡salga usted!—añadió con furor.

Al oír la palabra asesino, la marquesa lanzó un grito. Respecto á Elena, esta palabra pareció decidir de su vida, y su rostro no acusó el menor asombro. Cualquiera diría que esperaba á aquel hombre. El castigo que el cielo reservaba á sus faltas estallaba. Creyéndose tan criminal como aquel hombre, la joven le miró con serenidad, como diciéndole: «Soy tu compañera, soy tu hermana». Para ella, andaba la mano de Dios en aquel suceso. Algunos años más tarde, la razón hubiera alejado sus remordimientos; pero en aquel momento, éstos la hacían insensata. El desconocido permaneció inmóvil y frío. Una sonrisa de desprecio se dibujó en sus facciones y en sus anchos y rojos labios.

—¡Qué mal agradece usted la nobleza de mi proceder!—dijo lentamente el asesino.—No quise tocar con mis manos el vaso con que me dió usted el agua para aplacar mi sed; no pensé siquiera en lavar mis manos sangrientas bajo su techo, y salgo de aquí sin haber dejado de mi crimen—al pronunciar esta palabra sus labios se contrajeron—más que la idea, y procurando no dejar huellas de mis pasos. Pero no es esto todo, sino que no he permitido tampoco á su hija de usted...

—¡A mi hija!—exclamó el general dirigiendo á Elena una mirada de horror.—¡Ah! ¡desgraciado! ¡sal de aquí, ó te mato!

—Las dos horas no han expirado aún, y usted no puede

matarme ni entregarme sin perder su propia estimación y... la mía.

Al oír estas últimas palabras, el militar, estupefacto, intentó contemplar al criminal, pero se vió obligado á bajar los ojos, pues no se sentía con fuerzas para sostener el insupportable brillo de una mirada que por segunda vez le había trastornado el alma. Al ver que su voluntad perdía energías, dijo, mostrándole con un gesto paternal á su mujer y á sus hijos:

—¡Asesinar á un anciano! ¿Acaso no había visto usted nunca una familia, para haber obrado de ese modo?

—Sí, á un anciano—repitió el desconocido cuya frente se contrajo ligeramente.

—Huya usted—exclamó el general sin atreverse á mirar á su huésped;—nuestro pacto está roto. No le mataré á usted; no contribuiré á que sea usted pasto del patíbulo; pero salga usted, porque me causa horror.

—Lo sé—respondió el criminal con resignación.—No hay tierra en Francia donde pueda colocar mis pies con seguridad; pero si la justicia supiese juzgar como Dios los casos especiales; si se dignase averiguar quién de los dos es el monstruo, si la víctima ó si el asesino, estoy seguro de que permanecería orgullosamente entre los hombres. ¿No adivina usted la existencia de crímenes anteriores en un hombre que acaba de morir á hachazos? Yo me he constituido en juez y en verdugo, y he reemplazado á la impotente justicia humana. He aquí mi crimen. Adiós, señor. A pesar de la amargura de su hospitalidad de usted, no la olvidaré nunca. Y si conservo aún en mi alma algún sentimiento de agradecimiento por algún hombre del mundo, ese será usted... Pero hubiera preferido verle más generoso.

Y se encaminó hacia la puerta.

En este momento, Elena se inclinó hacia su madre y le dijo una palabra al oído.

—¡Ah!

Este grito lanzado por la marquesa hizo estremecer al general cual si hubiese visto muerta á Moina. Elena estaba de pie, y el asesino se había vuelto instintivamente, mostrando en su rostro una especie de inquietud por aquella familia.

—¿Qué te pasa, Julia?—preguntó el marqués.

—Elena quiere irse con ese hombre.

El asesino se sonrojó.

—Ya que mi madre traduce tan mal una exclamación tan involuntaria—dijo Elena en voz baja,—realizaré sus deseos.

Después de haber dirigido una mirada casi salvaje en torno suyo, la joven bajó los ojos y permaneció en una admirable actitud de modestia.

—Elena—dijo el general,—¿ha ido usted acaso al cuarto en que yo había encerrado...?

—Sí, padre mío.

—Elena—dijo el pobre padre con voz alterada por convulsivo temblor,—¿es esta la primera vez que ha visto usted á ese hombre?

—Sí, padre mío.

—Entonces no es natural que tenga usted el propósito de...

—Si no es natural, por lo menos es verdad.

—¡Ah! ¡hija mía!—dijo la marquesa en voz baja, pero de manera que su marido la oyese.—Elena, al decir eso desmentés todos los principios de honor, de modestia y de virtud que yo he procurado desarrollar en tu corazón. Pero si todo en ti ha sido hipocresía hasta este momento fatal, entonces no quiero lamentar tu suerte. ¿Es acaso la perfección moral de ese desconocido lo que te atrae? ¿O es esa especie de poder, propio de todos los que cometen un crimen?... Te quiero demasiado para suponer...

—¡Oh! suponga usted todo lo que quiera, señora—respondió Elena con frialdad.

Pero, á pesar de la energía de carácter de que dió pruebas en este momento, el fuego de sus ojos no pudo absorber las lágrimas que brotaron de ellos. El desconocido adivinó el lenguaje de la madre por los llantos de la hija, y dirigió su mirada de águila á la marquesa, que se vió obligada por un irresistible poder á mirar á aquel terrible seductor. Pero, cuando los ojos de aquella mujer se encontraron con los relucientes y penetrantes ojos de aquel hombre, sintió un escalofrío semejante á la conmoción que nos causa la presencia de un reptil ó el contacto con una botella de Leiden.

—Amigo mío—gritó su marido,—ese hombre es el demonio, que lo adivina todo...

El general se levantó para tirar del cordón de una campanilla.

—¡Que le pierda á usted!—dijo Elena al asesino.

El desconocido se sonrió, dió un paso, detuvo el brazo al marqués, le obligó á soportar una mirada que le llenó de estupor, y le despojó de su energía.

—Voy á pagarle á usted su hospitalidad y quedaremos en paz. Le libraré de la deshonra, entregándome yo mismo. Después de todo, ¿para qué quiero yo ahora la vida?

—Aun puede usted arrepentirse—respondió Elena dándole una de esas esperanzas que no brillan más que en los ojos de una joven.

—¡Yo no me arrepiento nunca!—respondió el asesino con voz sonora, levantando orgullosamente la cabeza.

—Sus manos están teñidas en sangre—dijo el padre á la hija.

—Yo se las enjugaré—respondió ésta.

—Pero ¿sabe usted acaso si él estará dispuesto á aceptarlo?—repuso el general sin aventurarse á señalarle al desconocido.

El asesino avanzó hacia Elena, cuya belleza, por casta y recogida que fuese, parecía iluminada por una luz interior cuyos reflejos coloreaban y ponían, por decirlo así, de relieve sus menores rasgos y sus más delicadas líneas, y, después de haber dirigido á aquella encantadora criatura una cariñosa mirada, le dijo sumamente emocionado:

—¿No es ya amarla á usted por sí misma y pagar con creces las dos horas de existencia que me ha vendido su padre, el solo hecho de negarme á su sacrificio?

—¡Y usted también me rechaza!—exclamó Elena con una voz que desgarró los corazones.—¡Adiós, pues, todos, porque voy á morir!

—¿Qué significa eso?—le dijeron á la vez su padre y su madre.

Elena permaneció silenciosa y bajó los ojos después de haber interrogado á la marquesa con una elocuente mirada. Desde el momento en que el general y su mujer habían intentado oponerse con la palabra ó con la acción al extraño privilegio que el desconocido se arrogaba permaneciendo en medio de ellos, y cuando este último les lanzó la anoadadora mirada que brotó de sus ojos, todos fueron presa de un inexplicable entorpecimiento, siendo inútiles cuantos esfuerzos hacía la razón para rechazar aquel poder sobrenatural, ante el que sucumbían. Para ellos, el aire se había hecho pesado y respiraban con dificultad, sin poder acusar

al que les oprimía de aquel modo y á pesar de que una voz interior les dijese claramente que aquel hombre mágico era el principio de su impotencia. En medio de esta agonía moral, el general comprendió que sus esfuerzos debían encaminarse á enderezar la vacilante razón de su hija, y, para conseguir esto, la cogió por el talle y la llevó al alféizar de una ventana, lejos del asesino.

—Hija querida—le dijo en voz baja,—si algún amor extraño ha nacido de pronto en tu corazón, tu vida llena de inocencia, tu alma pura y piadosa, me han probado suficientemente tu carácter, y te supongo con la energía necesaria para dominar cualquier arrebató de locura. Si ocultas algún misterio, mi corazón está para ti lleno de indulgencia y puedes confiármelo todo; pues aunque lo desgarras, sabré soportar mis sufrimientos y guardar silencio sobre tu confesión. Vamos á ver, ¿estás celosa del cariño de tus hermanos ó de tu hermana? ¿Ha sufrido tu alma algún disgusto amoroso? ¿Eres desgraciada aquí? Habla, explícame las razones que te mueven á dejar á tu familia, á abandonarla, á privarla de su mayor encanto, á separarte de tus hermanos, de tu hermanita.

—Padre mío—respondió la joven,—no estoy enamorada de nadie, ni siquiera de su amigo de usted el diplomático señor Vandenesse.

La marquesa palideció, y su hija, que la observaba, se detuvo.

—Tarde ó temprano, ¿no tengo que ir á vivir bajo la protección de un hombre?

—Indudablemente.

—¿Sabemos nosotras nunca—dijo Elena continuando—á qué clase de ser estamos destinadas á unirnos? Yo creo en ese hombre.

—Hija—dijo el general levantando la voz,—veo que no piensas en las penalidades que te esperan.

—Pero pienso en las de él...

—¡Qué vida!—dijo el padre.

—Una vida de mujer—respondió la joven murmurando.

—Es usted muy sabia—exclamó la marquesa volviendo á tomar la palabra.

—Señora, las preguntas me dictan las palabras; pero, si lo desea usted, hablaré más claro.

—Diga usted lo que quiera, hija mía... Yo soy madre.

Quando pronunciaba estas palabras, la hija miró á la madre, y esta mirada obligó á hacer una pausa á la marquesa.

—Elena, antes de ver que vas á seguir á un hombre de quien todo el mundo huye con horror, prefiero sufrir tus reproches, si alguno tienes que hacerme.

—Ya ve usted, señora, que sin mi estaría solo.

—¡Basta, señora!—exclamó el general.—¿No tenemos por ventura más hijos?—dijo mirando á Moína, que seguía durmiendo.—La encerraré á usted en un convento—dijo volviéndose hacia Elena.

—Como usted quiera, padre mío—respondió ésta con una calma desesperante.—Pero sepa usted que moriré allí de dolor y que tendrá que dar cuenta á Dios de mi vida y de mi alma.

Un profundo silencio sucedió á estas palabras. Los espectadores de esta escena no se atrevían á mirarse. De pronto, el marqués vió sus pistolas, cogió una, la cargó á toda prisa y apuntó con ella al desconocido. Al oír el ruido del gatillo, aquel hombre se volvió y fijó su penetrante y tranquila mirada en el general, cuyo brazo, vencido por incomprensible debilidad, cayó inerte y abandonó la pistola, que rodó sobre la alfombra.

—Hija mía—dijo entonces el padre, cansado de aquella lucha horrible—¿es usted libre! Abrace usted á su madre, si ella lo consiente, y por mi parte, no quiero verla á usted ni oírla nunca más.

—¡Elena—dijo la madre á la joven,—piensa que vas á verte en la miseria!

Una especie de estertor salido del ancho pecho del asesino atrajo las miradas hacia él. Una expresión desdenosa estaba pintada en su rostro.

—¡Cara me cuesta la hospitalidad que le he dado!—exclamó el general levantándose.—Hace un instante que mató usted á un anciano, y aquí está usted matando á una familia. Pero, ocurra lo que quiera, la cosa no tiene arreglo, y usted habrá traído la desgracia á mi hogar.

—¿Y si su hija fuese feliz?—preguntó el asesino mirando fijamente al militar.

—Si fuese feliz con usted—respondió el padre haciendo un gran esfuerzo,—no la lloraré nunca.

Elena se arrodilló tímidamente delante de su padre y le dijo con cariñosa voz:

—¡Oh padre mío! que me prodigue usted los tesoros de su bondad ó los rigores de la desgracia, le amo á usted siempre y le venero... pero le suplico que, al menos, sus últimas palabras no sean palabras de cólera.

El general no se atrevió á contemplar á su hija. En este momento, el desconocido avanzó y, dirigiendo á Elena una sonrisa que tenía algo de infernal y de celeste, le dijo:

—¡Oh ángel de misericordia! puesto que no le asusta un asesino y persiste en confiarme su dicha, venga.

—¡Esto es inconcebible!—exclamó el padre.

La marquesa dirigió á su hija una mirada extraordinaria y le abrió sus brazos, en los cuales se precipitó Elena llorando y diciendo:

—¡Adiós, adiós, madre mía!

Elena hizo una seña al extranjero, el cual se estremeció, y, después de haber besado la mano de su padre y de haber abrazado precipitadamente á Moína y al pequeño Abel, desapareció con el asesino.

—¿Por dónde van?—exclamó el general escuchando los pasos de los dos fugitivos.—Señora—repuso dirigiéndose á su mujer,—me parece estar soñando... Esta aventura oculta algún misterio, y usted debe saberlo.

La marquesa se estremeció y dijo:

—Hace algún tiempo que nuestra hija se había hecho extraordinariamente novelesca y exaltada... A pesar de mi afán por combatir la tendencia de su carácter...

—Eso no me parece claro...

Pero, imaginándose que oía en el jardín los pasos de su hija y del desconocido, el general calló para abrir apresuradamente la ventana.

—¡Elena!—gritó.

Esta voz se perdió en la noche como una vana profecía. Al pronunciar este nombre, al que nadie respondía ya en el mundo, el general rompió, como por magia, el encanto á que le había sometido una especie de poder diabólico. Un espíritu pareció pasar ante sus ojos; vió claramente la escena que acababa de tener lugar y maldijo su incomprensible debilidad. Un escalofrío corrió por su cuerpo de pies á cabeza; recobró su voluntad y, sediento de venganza, prorrumpió en espantosos gritos de:

—¡Socorro! ¡socorro!

Corrió á los cordones de las campanillas y tiró de ellos